

Conferencia Magistral “Ignacio Chávez”

La Academia Nacional de Medicina a los ciento treinta y un años de su fundación. En el final del milenio y de frente al futuro*

Manuel Cárdenas Loeza**

Es para mí un honor inmerecido que agradezco profundamente al doctor Campillo Serrano y a la Directiva de la Academia, poder dirigir a ustedes unas palabras para conmemorar el centésimo trigésimo primer año académico en la conferencia *Ignacio Chávez*. Poder hacerlo en el recinto de nuestra institución, imaginado, planeado, y realizado por el maestro Chávez, como tantas otras de sus obras en estrecha colaboración con el arquitecto Villagrán García, baste recordar la renovación del edificio de Santo Domingo y la Facultad de Medicina de Ciudad Universitaria o los dos edificios del Instituto Nacional de Cardiología, es un motivo más de mi gratitud.

Tuve el privilegio de estar muy cerca del maestro Chávez desde mi infancia por relaciones familiares, personales y amistosas, esa relación se prolongó por toda la vida, fui su discípulo en la escuela de medicina, y ya graduado he pertenecido al Instituto Nacional de Cardiología desde que fui médico residente hasta llegar a jefe de división. Lo que tengan de bueno los conceptos que voy a expresar, están basados en las enseñanzas y el ejemplo con que él y otros como él me señalaron el camino para ser médico.

Los errores son exclusivamente míos

La Academia Nacional de Medicina de México surgió tardíamente comparada con otras. La razón de ese nacimiento tardío fue culpa de que el claustro de nuestra Universidad Real y Pontificia tuviera un profundo desdén por la medicina, considerada como una actividad inferior y que a principios del siglo XIX seguía los textos de Hipócrates, Galeno y Avicena. Baste recordar la frase asentada en el acta de fundación de la facultad: “El altísimo creó los medicamentos y el varón prudente no debe aborrecer la medicina”.

Fue necesario que de ese légameo de atraso surgieran espíritus superiores, rebeldes que se dieron a la tarea de incorporar a la medicina de su tiempo. Cuando guiada por ellos la profesión médica mexicana avanzó suficientemente y se logró una masa crítica de espíritus superiores interesados

en discutir doctrinas y confrontar experiencias, la Academia se consolidó, prosperó y se logró el salto de la medicina medieval a la medicina científica y experimental. Mientras esa circunstancia no se dio, todos los intentos anteriores resultaron fallidos.

La Academia de Medicina de México no fue, como otras, resultado de una acción gubernamental, surgía como una sociedad formada por médicos, de los médicos y para los médicos. Nació como una sociedad libre, ajena a los avatares y a las ideas políticas, sin más objetivos que enseñar, aprender y difundir el conocimiento médico de su tiempo. Así ha sido posible que convivan en ella en diversas épocas, Miguel Jiménez quien escribió “Ni un solo momento ha agitado mi espíritu la acusación de infidencia con que se nos acusa “ ... “ Yo no provoqué la intervención, verdadero error en el pasado “ ... “ la acepté bajo la protesta explícita que hice entonces de que había de dejar intactos los derechos todos de la nación “... “ como médico hice lo que exigía de mi una amistad honrosa, el lustre de mi profesión y el buen nombre de mi país “ ... “ fui imperialista, no lo niego, pero ese convencimiento no nació ayer y los sucesos no habían hecho sino robustecerlo “, junto a Ignacio Alvarado, médico personal del presidente Juárez y a Gabino Barreda, y años después a Francisco Vázquez Gómez con Aureliano Urrutia. Apenas fundada la Academia se levantó ante ella, al igual que ante todas las academias del mundo, el reto del futuro. La medicina se transformó rápida y vigorosamente poniendo a prueba la capacidad humana para dominarla, ya que al mismo tiempo de ampliarse se diversifica y se fragmenta en muchos compartimentos; si bien esto permite ahondar y llegar a profundidades insospechadas, conduce por otro lado, al aislamiento de los campos vecinos. La comunicación entre las especialidades se torna un problema grave. La Academia de Medicina resulta el sitio ideal para resolverlo, crea lazos de unión haciendo que las voces autorizadas de cada rama expongan el valor de sus alcances y de sus doctrinas y hagan el juicio crítico de sus procedimientos. En esta forma todos pueden conocer,

* Leída en la sesión solemne del 8 de junio de 1994

** Académico titular

valorar e incorporar los avances tumultuosos de las ramas ajenas, una vez que fueron depurados por quienes tienen autoridad, para cumplir este objetivo la Academia debe contar con los mejores en cada campo. Para ello somete las solicitudes de membresía a un riguroso proceso de selección, lo que ha llevado a que se le acuse peyorativamente de elitista; esta acusación no debe en ningún momento de doler, ni asustar; al contrario, debe tomarse como un elogio mientras la élite esté basada en el mérito, el pensamiento y la acción de sus miembros. *Debe reconocerse que si bien no están todos los que son, ni son todos los que están, si son y si están una abrumadora mayoría.*

Se ha repetido hasta el cansancio que este final de milenio es una época de cambio con economía globalizada, comunicaciones instantáneas, información copiosa y avances científicos y tecnológicos acelerados nunca antes contemplados; en esos cambios se encuentra inmerso y comprometido nuestro México. Por razón natural esta situación de cambio incide en la práctica médica y plantea dudas, preguntas, y problemas—entre otras su deshumanización— que exigen respuestas y soluciones acordes con los tiempos y con el futuro en que una vez más la Academia, para ser fiel a sí misma, está involucrada.

De todos los seres vivientes el único que tiene conciencia de la enfermedad y de la muerte es el hombre. La angustia vital que ese conocimiento le produce, ha hecho que desde siempre haya tratado de evitar la enfermedad, aliviarla o curarla si la padece y de prolongar la vida. A las acciones encaminadas a lograr esos objetivos se les conoce como medicina. El instrumento de la medicina para alcanzar sus objetivos es el acto médico, el cual se deriva de dos hechos: el de un ser humano, actual o potencialmente enfermo y mortal, y de otro que profesa tener los conocimientos, habilidades y destrezas necesarias para ayudarlo en cualquiera de esas circunstancias. En ese acto médico se establece, según la feliz frase de Luis Porte, una relación de una confianza ante una conciencia, es la relación médico-paciente, que es el núcleo de la medicina misma. Cuando el profesional médico ayude al enfermo a sufrir menos, a curar a veces, a mejorar otras, y de consuelo, habrá cumplido con su profesión.

Para realizar su compromiso el médico utiliza la clínica que es la parte de la medicina que se ocupa del diagnóstico y sienta las bases para la terapéutica y el pronóstico. La medicina nació clínica y será siempre clínica.

Los procedimientos de diagnóstico, y por lo tanto clínicos, así como los avances terapéuticos y la capacidad de pronosticar han tenido y tienen un avance exponencial en los últimos tiempos y permiten ahora conocer y tratar a los pacientes de forma ni siquiera sospechada hasta hace poco.

Esa explosión científica y tecnológica hace que en la actualidad el médico se vea sometido a múltiples presiones profesionales, religiosas, legales y económicas que lo pueden alejar del humanismo de su profesión, de su vocación de comprensión y servicio al ser humano.

Profesionalmente el médico debe tener un conocimiento actualizado de su ciencia, el límite de su ayuda sólo puede ser el conocimiento de la medicina de su tiempo, nunca es justificable que el límite sea su ignorancia.

Esta necesidad de saber medicina obliga al médico a estudiar siempre, a una educación continua, acudir a las fuentes de actualización, revistas, libros, congresos, cursos, seminarios y *simposia*. La mediación debe ser el complemento del estudio. Tan inútil es pensar sin estudiar como estudiar sin pensar. *Reflexionar sobre lo estudiado permite conocer las propias fuerzas, aceptar lo probado y no dar por cierto lo supuesto. Se templará el espíritu por medio del sereno análisis para resistir la tentación de recomendar procedimientos inútiles o aún perjudiciales, rechazando otros notoriamente indicados, sólo porque están de moda, para tener a gala ser de los primeros que prescriben esto o aquello.*

Conocer y utilizar las máquinas, los aparatos y los adelantos de la moderna tecnología médica en beneficio del paciente es algo que ni se niega ni se discute. El error está en convertirlo en sustituto del médico; las máquinas pueden hacer muchas cosas pero no entender el sufrimiento del enfermo y menos yugular su angustia. No se debe exagerar lo decisivo de la información que proporcionan y se debe dudar de ellos cuando son contrarios a otros medios de indagación o a un correcto razonamiento.

Es indispensable que la sociedad y las instituciones comprendan y apoyen este esfuerzo de saber para servir y estén concientes que la inversión en tiempo y en dinero que conlleva redundará siempre en su beneficio. La perfección o imperfección de la práctica médica depende de la idoneidad del médico y no de sus herramientas. El médico es el único profesional que se siente con la obligación moral de someterse a la valoración de su capacidad durante toda su vida profesional con certificaciones y recertificaciones hechas por sus iguales, médicos de reconocida capacidad, en los consejos médicos.

Las presiones sociales que el médico sufre actualmente son muy grandes; los medios masivos de comunicación y la promoción comercial han contribuido a crear la imagen de que medicina de excelencia es igual a alta tecnología, crean expectativas irreales en el gran público con imágenes de médicos infalibles. Hacen que se piense que el acto médico tiene garantía de resultados y que el médico es un mecánico que arregla un aparato descompuesto y no un hombre que ofrece ayuda, comprensión, simpatía y un poco de ciencia al doliente. La sociedad debe comprender que un acto médico no puede asegurar resultados y que de no ser éstos los esperados por el enfermo y su entorno, el médico se hará acreedor a un castigo. No se debe obligar al médico a ejercer su profesión defensivamente, o que su objetivo primordial ya no sea ayudar al enfermo sino protegerse a sí mismo de presiones sociales y legales.

Debe aceptarse con toda humildad que el médico es falible, que no lo sabe todo, que se equivoca a menudo y que a veces

causa daño. Su única justificación ante estos hechos está en que ha aprendido todo lo que debe, en que ha tenido el impulso y el afán de ser cada día mejor sin desmayos y sin concesiones. El que no esté dispuesto a aceptar en toda su magnitud el riesgo que esto conlleva que deje la medicina, no es ni será médico.

La única manera de luchar contra estas presiones es promoviendo y difundiendo en la sociedad, el conocimiento de los valores éticos de la profesión y la naturaleza de la misma sin deformaciones ni idealizaciones.

Desde un punto de vista legal debe recordarse la posición de la Corte de Casación de Francia que señala: "El médico sólo se compromete a prestar al enfermo cuidados concienzudos, atentos y conformes con el estado actual de la ciencia".

La sociedad deja, en general, desde el punto de vista jurídico, las discusiones y los actos médicos en manos del facultativo. Sólo sanciona las imprudencias o negligencias graves. Los médicos deben aceptar la ley, no pueden rechazar los ordenamientos legales, pero no es concebible que para actuar se pretenda tener a un lado a un jurista con el código en la mano. Se dan ciertos casos en que al chocar la norma moral médica con la norma jurídica, el médico preferirá sufrir las consecuencias de la sanción legal y así ha habido y habrá médicos heroicos que han padecido las consecuencias de su obligación profesional.

Sobre este tema han pretendido opinar numerosos pensadores, filósofos, escritores, juristas, poetas, moralistas y especialistas de otras disciplinas que sin aportar nada nuevo, intentan resolver el problema desde su posición de teorizantes.

El único que, con los conocimientos que le dan su ciencia y su arte y con base en sus experiencias y su conciencia, puede y debe tomar decisiones es el médico.

La Academia Nacional de Medicina es la institución ideal para realizar esta labor: aumentar los conocimientos de sus miembros, ser sitio de reflexión y valoración, y servir como interlocutor con la sociedad y el gobierno como órgano consultivo de este último.

El verdadero médico debe hacer avanzar su ciencia. Dentro de sus posibilidades y del medio en que se desenvuelve debe contribuir a aumentar los conocimientos médicos. No se puede exigir, ni se pretende, que haga descubrimientos básicos, que establezca nuevas teorías, que formule nuevas hipótesis y menos aún que cimente nuevas leyes generales. Eso es cosa de pocos con dotes ciertamente no vulgares, sin embargo el edificio de la medicina no es sólo columnas y travesaños, también se hace de ladrillos, uno a uno, con paciencia y tesón. La labor de investigación debe ser apoyada y promovida. La investigación florece necesariamente cuando al investigador se le dan los recursos que requiere para vivir y para indagar, se respeta su libertad, y se entiende que la productividad de esta labor intelectual no se mide en tiempo ni en cantidad, sino exclusivamente en la calidad de los resultados obtenidos.

En la actualidad existe una actitud de desconfianza hacia el investigador y se le imponen mecanismos burocráticos complejos y repetitivos para obtener fondos y poder subsistir y trabajar.

Es indudable que el estado y los "patrocinadores de la investigación" tienen no sólo el derecho sino la obligación de exigir resultados. La contradicción que surge entre las necesidades del investigador y los "administradores de la ciencia" no es fácil de resolver y dificulta el quehacer científico.

Por otro lado, los espectaculares avances logrados en la investigación científica básica plantean de inmediato por un lado los beneficios que proporcionan pero, por otro, los efectos indeseables éticos y biológicos que conllevan. Las manipulaciones genéticas, la biología molecular, el desarrollo de nuevas estrategias terapéuticas y tantas otras cosas no deben convertirse en demonios desencadenados por aprendices de brujos.

En el artículo primero de sus estatutos, la Academia señala claramente como uno de sus objetivos el promover la investigación en el campo de la medicina. Resulta así el sitio ideal para analizar, valorar y difundir los avances científicos logrados por sus miembros, y por otros científicos, en el país y en el mundo y para proponer soluciones a las trabas existentes para la investigación médica. Es una institución multidisciplinaria en que los más autorizados investigadores básicos, internistas, cirujanos y sociólogos médicos, tiende puentes que permiten un intercambio fecundo entre los expertos de diversas disciplinas para así incorporar de una manera racional los avances científicos y tecnológicos a la práctica médica.

Firmemente cimentada en la historia y en las tradiciones médicas y académicas mexicanas y universales, las que estudia con particular interés, la Academia no está, ni nunca ha estado, atada ni constreñida por ellas, lleva en sí misma el espíritu de renovación, de cambio, y de adaptación a las circunstancias cambiantes de los tiempos que le toca vivir, con esa sólida base, desde su fundación ha tenido abiertas sus puertas a todo aquel que se interese por sus actividades y ha demostrado su preocupación para contribuir en la medida de sus posibilidades a estudiar y a tratar de resolver los problemas médico-sociales de México.

En la actualidad esta labor se desarrolla lo mismo en el Consejo Superior de Salubridad General, que actuando como perito de autoridades judiciales o médicas cuando se le solicita, sirviendo como lazo de unión y como guía de los Consejos de Especialidades Médicas primeramente por petición de los mismos y luego por ministerio de ley. Informa a la profesión médica de los avances científicos y de sus actividades, con la publicación ininterrumpida desde hace 131 años de la *Gaceta Médica* y de libros de texto para estudiantes de medicina. Promociona la publicación de autores médicos mexicanos y estimula el avance de la ciencia con concursos y premios. Conciente de la necesidad de no encerrarse en su torre de mármol, la Academia sale de su recinto y

organiza anualmente las Jornadas Médicas en alguna ciudad de la República para difundir la actividad científica de los académicos y promover la participación y el intercambio con los médicos de la localidad. Quinquenalmente organiza el Congreso de la Academia, como el extraordinario que ahora vivimos, con el objeto de revisar los avances y conocimientos recientes de las ciencias médicas.

Extiende y cumple sus funciones fuera del área metropolitana con la formación y apoyo a los círculos de estudios médicos formados por académicos y médicos destacados residentes fuera de la capital. Cuando es necesario la Academia designa comités y comisiones *ad hoc* para abordar problemas específicos. La labor de la Academia es intensa y fundamental en la educación médica continua de los profesionales de la medicina mexicana, así como la que realiza colaborando con las escuelas de medicina en la elaboración de programas de estudio y evaluaciones de resultados, para lograr formar a los médicos científicos que el país exige y que merece, oponiéndose al populismo y a la demagogia que pretenden otorgar títulos a personas con preparación insuficiente avaladas por una burocracia extremista.

Con la autoridad moral ganada en buena lid en el curso de los años y que todos le reconocen, la Academia alza su voz y señala con índice de fuego el que por presiones económicas, políticas y de competencia, la práctica médica se convierta en un acto de lucro y deje de ser de servicio. El lucro puede ser económico, científico o académico.

El lucro económico puede darse cuando se establecen relaciones comerciales o de empleo asalariado entre el médico y otro médico, el médico y la institución proveedora de servicio y el médico y la industria.

Clásica forma de lucro en las relaciones de un médico con otro es la que se conoce como dicotomía en que se hace una solicitud de consulta a otro médico o de estudios de laboratorio que pagan al médico que envía al paciente.

Un terreno resbaladizo en este aspecto es cuando el médico es dueño o socio de algún equipo especial. Nada tiene de objetable que utilice los aparatos de su propiedad y cobre lo justo por esos estudios o tratamiento si están indicados y son indispensables, pero no deja de haber conflicto quizás subconciente en esta situación, conflicto al que el médico debe prestar atención y recordar el viejo dicho de que “un hombre que adquiere un martillo encuentra muchas cosas que es indispensable martillar”. El lucro económico entre el médico y la institución prestadora de servicios se da cuando se sobreutilizan recursos humanos y materiales de acuerdo con las necesidades económicas y las presiones sociales o políticas de la institución. Por una parte se puede estimular al médico para que sobreutilice las facilidades existentes y para que use procedimientos experimentales no bien probados y por otra puede coartarse su ejercicio profesional exigiendo una práctica médica superficial e incompleta, de no hacerlo puede

perder su afiliación con la institución además de que bajaría su nivel de vida o perdería parte de su imagen.

Es más, debe tenerse en cuenta que la sociedad actual recompensa más el trabajo y el tiempo que se emplea llevando a cabo procedimientos técnicos que en procesos cognocitivos y de relación humana.

Resulta así que aún en el médico más responsable se plantea un conflicto de interés que hace que se prefieran en un momento dado, procedimientos más complejos y riesgosos que otros que lo son menos, aunque proporcionen resultados similares.

El médico debe tener un solo patrón con el cual tiene su obligación primera: el paciente.

Su responsabilidad primigenia es la salud y el bienestar del individuo que sufre y le pide ayuda.

Todo esto se puede resumir diciendo que el médico no debe explotar económicamente al paciente y los hospitales e instituciones no deben explotar al médico. No es aceptable de ninguna manera el uso inapropiado e innecesario de procedimientos técnicos o científicos, se debe usar el menor número posible de ellos, pero siempre tanto y como sean necesarios para proporcionar una atención de calidad óptima de acuerdo con las necesidades de cada paciente y procurar que este tipo de servicio llegue a todo aquel que lo necesite de manera específica, independientemente de consideraciones económicas sociales. Este es un reto para la medicina y la sociedad actuales no sólo en México, sino en todo el mundo cuya solución no es fácil ni expedita y que crea conflictos en las relaciones entre medicina, economía y sociedad como los que ahora existen en Estados Unidos y Canadá, nuestros socios en el TLC, los cuales redundarán sobre los que existen en nuestra patria.

El lucro científico se presenta en el acto médico cuando en la investigación clínica no se tiene la aprobación de un protocolo por los comités pertinentes, no se cuenta con el consentimiento informado y conciente del sujeto en estudio, se le somete a riesgos innecesarios y su bienestar no se toma en cuenta. También lucra científicamente quien informa resultados falsos o cuando dichos resultados sirven a intereses financieros, o políticos, o resultan en responsabilidades conflictivas.

Académicamente se lucra cuando se acepta la autoría en trabajos en que no se ha tenido una participación sustancial ya sea en la concepción, en el diseño, en la ejecución, en el análisis de los resultados y en la preparación y revisión del manuscrito. Así mismo es inmoral utilizar información obtenida de subordinados sin darles el crédito debido.

La relación entre el médico y la industria puede tener muchas facetas reprobables como son el uso de ciertos productos ligado a regalos valiosos que pueden ser desde viajes a dinero, pasando por banquetes pantagruélicos con el pretexto

de la discusión de un producto con un representante de la compañía patrocinadora. Se debe tener un gran cuidado con las reuniones patrocinadas por la industria; en ellas se debe presentar una información científicamente balanceada. Sólo son aceptables las reuniones sobre un único procedimiento o fármaco si no existen alternativas posibles; asistir a ellas no debe ser por regalos o incentivos, sino por la calidad del programa. Debe aceptarse que muchos actos académicos no se llevarían a cabo sin el patrocinio de la industria, pero deben los organizadores tener siempre en mente que son actos educativos, y que ellos son los únicos responsables de los tópicos y los participantes.

Llega así la Academia a 131 años de actividad ininterrumpida y fecunda, es una institución antigua y madura pero llena de un juvenil ímpetu de cambio y de progreso, los problemas que afronta son enormes y complejos con soluciones difíciles y en ocasiones hasta utópicas. Sin embargo, si la Academia (y la Academia son sus miembros) utiliza la experiencia adqui-

rida en más de cien años y permanece fiel a los principios que la originaron: pasión por la verdad y el saber, compromiso con la honestidad y la virtud, amor por todo lo bello, lo bueno y lo justo y actitud insoslayable de servicio, en una atmósfera de libertad y alejada de politiquerías y demagogias baratas, la Academia cumplirá sus objetivos y podrá, como lo ha hecho en su larga vida, sortear las vicisitudes y capear las tormentas del futuro.

El maestro Ignacio Chávez, nos legó toda una enseñanza con el lema que adoptó en su juventud y que leyó sobre un dintel en la medieval Brujas: *Plus est en toi*, esta frase como un poema haiku resume una filosofía de fé en uno mismo y en el hombre: hay más en tí, puedes ser más, tienes más que dar; ser más, poner más en la acción y el pensamiento, tratar con más ahínco. En esa conducta recia y varonil, plena de espíritu de lucha, de acción y de sacrificio está la clave del progreso, la cristalización de los sueños y la realización de las quimeras.